

Manuel Vázquez Montalbán y el deporte: una necesidad pedagógica

Jordi Osúa Quintana*

Resumen

Manuel Vázquez Montalbán dedicó una parte de su obra literaria y periodística a la reflexión sobre el sentido del deporte en la sociedad occidental moderna. Su preocupación por este fenómeno de masas no proviene de su educación deportiva, sino de su interés por la cultura popular. De la lectura y el análisis de los artículos publicados se desprende una teoría educativa del deporte. A partir del análisis subcultural, la crítica marxista y la perspectiva humanista reivindica la consideración del deporte como una necesidad pedagógica inaplazable. Para ello se requiere una formación deportiva que contribuya a desenmascarar los elementos alienantes ocultos tanto en su contemplación como en su práctica y permita recuperar su sentido más ético orientado al perfeccionamiento humano. Solo así el deporte podrá cumplir con su finalidad más humana: ser un instrumento de emancipación personal y transformación social.

Palabras clave

Pedagogía deportiva, humanismo y deporte, alienación deportiva, deporte popular, transformación social.

Recepción original: 15 de mayo de 2019

Aceptación: 04 de septiembre de 2019

Publicación: 20 de enero de 2019

Introducción

Manuel Vázquez Montalbán puede ser considerado uno de los escritores españoles contemporáneos más importantes. Novelista, poeta, ensayista y periodista, su obra abarca temas como la política, la gastronomía, la literatura, la música o el deporte. Su obra es muy prolífica, casi 150 libros y más de 9000 artículos periodísticos publicados (Salgado, 2009), y variada, tanto en los temas tratados como en los géneros literarios utilizados. Por su talento le reconocieron con el Premio Planeta (1979), el Premio Nacional de Literatura (1991), el Premio Nacional de la Crítica (1995) y el Premio Nacional de Narrativa y de las Letras (1995).

La gran mayoría de las investigaciones sobre la obra de Manuel Vázquez Montalbán se han desarrollado desde el ámbito literario o comunicativo. No hay ninguna duda a la hora de reconocer que Vázquez Montalbán fue un gran novelista y periodista. Sin embargo, otras dimensiones de su pensamiento, relacionadas con algunas de sus aficiones más personales, como la gastronomía o el deporte, no han sido abordadas en profundidad.

(*) Doctor en Ciencias de la Actividad Física y el Deporte por el INEFC de Barcelona (UB) con una tesis dedicada a la obra y el pensamiento deportivo de Manuel Vázquez Montalbán. Editor del libro *Manuel Vázquez Montalbán. Barça, cultura i esport* (Barcelona, Base, 2018) y autor de *Vázquez Montalbán: fútbol y política* (Barcelona, Base, 2019). Ha sido galardonado con los premios de ensayo Serra i Moret (2009) y Becerro de Bengoa (2018). Dirección electrónica: josua@xtec.cat

Vázquez Montalbán desarrolla en los años setenta una teoría sobre un fenómeno que está adquiriendo cada vez mayor importancia en la sociedad occidental. Su aproximación al deporte la realiza desde el punto de vista del espectador, ya que no puede ser considerado un académico ni un practicante debido a su deficiente educación deportiva. Su análisis del deporte contribuyó a su revalorización entre los intelectuales de izquierdas españoles, tanto desde el punto de vista de la afición deportiva como de la reflexión sobre temas deportivos.

Vázquez Montalbán afronta el estudio del deporte desde una perspectiva sub-cultural, crítica y humanista. Por un lado, lamenta el desprecio mostrado por parte de la cultura burguesa hacia un elemento de la cultura de masas que configura la sentimentalidad popular y satisface la necesidad épica de las personas. Pero, por otro, reivindica el estudio de la cultura popular por parte de los intelectuales para proteger a los ciudadanos de su componente alienante. Así, aplica la teoría marxista al deporte para desmitificar su ideología y evidenciar su instrumentalización política por parte de los gobiernos y económica por parte de las multinacionales. Con esta mirada desmitificadora se propone liberar al deporte de sus manipulaciones y recuperar su dimensión filantrópica.

Este artículo pretende dar a conocer su concepción del deporte como una necesidad pedagógica. Para ello debe restablecer su finalidad como instrumento emancipador y recuperar su sentido más humano. Una meta que solo se alcanzará si primero se toma conciencia de las manipulaciones o desvirtuaciones que ha sufrido a lo largo de la historia. La educación deportiva debe responder a un proceso formativo que valore con un espíritu crítico las verdaderas motivaciones ocultas en la práctica deportiva, así como permitir una práctica orientada hacia la satisfacción de las necesidades de los individuos. Solo así se podrá alcanzar un deporte social al servicio de las personas.

El deporte: un bien escaso bajo sospecha

Con motivo de la celebración de los Juegos Olímpicos de Barcelona (1992), Vázquez Montalbán escribe una «Crónica sentimental de la musculatura» donde explica la perspectiva del deporte que tenían las clases populares durante la posguerra. Un contexto histórico y social marcado por la ausencia de instalaciones y de políticas deportivas y educativas como las actuales que garantizaran una «educación física» generalizada para todos los ciudadanos. Este hecho condicionará su vivencia personal con relación al deporte:

Abrir los ojos al sentido del músculo en la posguerra no era estimulante. Las únicas instalaciones deportivas populares eran los solares abiertos por las bombas, campos de fútbol improvisados para pelotas de trapo, lata o goma y, en vez de duchas, alguna boca de riego o aquellas fuentes de Barcelona. (Vázquez Montalbán, 1990, s/p)

El deporte en las escuelas, ubicadas en pisos, se limitaba a correr por los pasillos o saltar un potro construido por el carpintero del barrio sin demasiado conocimiento. Unas condiciones inapropiadas para la práctica deportiva:

Nuestra mala educación sentimental se hacía mala educación deportiva, peor aún, imposible educación deportiva. Solo en los colegios de cintura urbana para arriba sabían para qué servía un cronómetro y años después, cuando las autoridades educativas trataron de imponer «el deporte» en los colegios de barrio, situados en pisos y sin otro profesor posible que la hija más delgadita

del señor director, quien hizo el negocio fue el carpintero más cercano, responsable de hacer un potro, por ejemplo, a ojo o de oído. (Vázquez Montalbán, 1990, s/p)

Vázquez Montalbán admite que sus reservas hacia el ejercicio físico, conocido como «gimnasia» durante su infancia y adolescencia, también están relacionadas con las reminiscencias fascistas del deporte. Los regímenes totalitarios habían instrumentalizado esta actividad con la finalidad de reprimir la libertad de las personas dentro de una estructura social programada:

El recelo que Juan de Mairena sentía por la gimnasia lo he compartido desde siempre y si la gimnasia individual podría incluso aceptarla como una de las variadas formas de epilepsia, la gimnasia colectiva la rechazo como monstruoso intento que es de construir maquinarias humanas teledirigidas mediante interjecciones parecidas a ladridos. (Vázquez Montalbán, 1978, p. 3)

Otro factor al que se puede imputar su poca simpatía hacia el deporte es su vinculación con el franquismo: «Entonces las olimpiadas le importaban a todo el mundo un pimiento y organización y disciplina deportiva equivalían a Falange y Frente de Juventudes» (Vázquez Montalbán, 1990, s/p).

O también a la inclusión de la Gimnasia¹ como asignatura obligatoria dentro del sistema de enseñanza en todos los niveles de estudio, incluida la universidad, junto con la Formación del Espíritu Nacional y la Religión. Esta tríada indisociable probablemente colabora en la percepción del deporte como un elemento de control y disciplina por parte del régimen: «Deporte era lo que hacían aquellas chicas sanísimas en los NO-DOs del Régimen, extraños ejercicios rituales que en nada se parecían al deporte realmente al alcance de todos los españoles» (Vázquez Montalbán, 1990, s/p).

El deporte: un fenómeno subcultural

En la década de los setenta desde el marxismo oficial se consideraba el deporte como un instrumento en manos del poder establecido al servicio de la manipulación de las masas. Así pues, sorprende que Vázquez Montalbán, un intelectual de izquierdas con una deficiente educación deportiva, dedique una parte de su reflexión a este fenómeno social. Una de las claves para comprender este interés es el valor otorgado a las manifestaciones subculturales.

Pero, ¿qué entiende Vázquez Montalbán por subcultura? El sentido de este término aparece explicado con motivo del inicio de una sección titulada «Cultura y subcultura» en la revista *Cuadernos de Arquitectura y Urbanismo* (CAU). En primer lugar, reconoce que la utilización del prefijo «sub» confiere a este término un cierto sentido peyorativo o como mínimo de inferioridad respecto a la «Cultura Noble»,² aquella reconocida y apreciada por la clase social dominante, en este caso la burguesía.

Pese a este desprecio intelectual, desde un punto de vista sociológico, la subcultura, de la que forma parte la cultura de masas donde se incluye el deporte, tiene la función de satisfacer algunas de las necesidades sociales de las clases populares.

-
- (1) El término «gimnasia» todavía se utiliza hoy en día, en algunos casos despectivamente, entre los alumnos y profesores en los centros de enseñanza para referirse al área de Educación Física.
 - (2) Expresión propia de Manuel Vázquez Montalbán para referirse a la cultura de las élites sociales.

Sin embargo, la atención a los elementos subculturales no responde a un criterio cuantitativo, basado en el número de personas que consume estos productos, sino a la obligación de ofrecer recursos al pueblo para defenderse de su componente alienador y para comprender el estrecho vínculo que le une con ella. Por eso, lamenta que los intelectuales abandonen al pueblo a su suerte dejando a un lado el estudio de la subcultura. Solo entendiendo y explicando su funcionamiento se podrá ayudar a evitar que las clases populares caigan en la trampa del poder y, a su vez, recuperar el valor de unas formas de expresión que les pertenecen (Vázquez Montalbán, 1972a).

La reflexión montalbaniana sobre el deporte se inscribe en el contexto de esta preocupación por los temas subculturales. Así lo admitía el propio Vázquez Montalbán en una entrevista publicada en *El Correo Catalán*: «El hecho deportivo me interesa como un fenómeno subcultural, como un hecho social que se convierte en atracción de masas. No me interesa a nivel de sociólogo» (Martí Gómez y Ramoneda, 1971, p. 21).

Curiosamente, el primer tema subcultural tratado en la sección «Cultura y subcultura» de la revista *CAU* será el deporte de masas³. Vázquez Montalbán reitera la necesidad de un análisis profundo de este fenómeno social, generalmente ignorado por los responsables culturales, que determina la manera de ser de millones de personas:

No se ha hecho seriamente el análisis de la importancia sociológica alcanzada por el deporte. Ha habido un mero acercamiento lírico o pseudosociológico a la cuestión. Y eso en el mejor de los casos. En el peor, los legisladores de cultura se han distanciado hasta dar la espalda a este molesto asunto o lo han aceptado con una sonrisa de debilidad autoasumida. Y sin embargo hoy día el talante de centenares de millones de seres es incomprensible sin saber qué cantan, qué espectáculos deportivos les apasionan y qué programas de televisión ven. (Vázquez Montalbán, 1972b, p. 49)

Unos meses después, Montalbán dedicará un artículo, «Los intelectuales ante el deporte», a profundizar sobre esta cuestión. De entrada, se muestra comprensivo con el rechazo del deporte en base al argumento de la utilización de los triunfos de los deportistas como instrumentos de propaganda política y nacionalista por parte de los gobiernos totalitarios. Pero también debido a la capacidad del deporte para desviar la fuerza épica del pueblo hacia un objeto que evite la modificación de las condiciones sociales, estableciendo un vínculo entre el imperialismo capitalista y el fomento del deporte de masas. De este modo, el deporte actúa como un escudo protector del espíritu liberal.

En cualquier caso, la constatación de esta manipulación por parte del poder burgués no justifica que los intelectuales se desentiendan de la reflexión y del análisis crítico del fenómeno deportivo, una tarea incluida en su misión cultural. Además, Vázquez Montalbán reivindica el efecto positivo que el deporte de masas tiene para el ciudadano, ayudándole a soportar las condiciones sociales en las que vive y domando las tensiones derivadas de esta situación:

(3) De hecho, en el artículo «Cultura o subcultura» citado anteriormente aparece fotografiado un cartel donde se anuncian combates de lucha libre los sábados por la noche y los jueves a las seis de la tarde.

El intelectual sirve a la historia perturbándola. Un intelectual acríptico es lo más parecido que hay en el mundo a un tendero, ejerza en el campo capitalista o ejerza en el campo socialista. Ante el deporte de masas, el intelectual ha hecho perfectamente manifestando sus reservas, pero fatalmente la negación del contenido le ha conducido a la negación del continente. Es imposible legislar hoy día que el deporte de masas no sea beneficioso para la higiene mental del ciudadano. El poder lo utiliza como un instrumento de alienación interior o de expansión propagandista exterior; pero a otro nivel el deporte de masas es una válvula de escape para malos gases retenidos en el bajo vientre de la sociedad. (Vázquez Montalbán, 1971a, p. 72)

Montalbán defiende la necesidad de un estudio científico del deporte como subcultura en España que supere la aproximación épica e imperialista de los cronistas deportivos o las actitudes «campistas»⁴ insuficientes para obtener un conocimiento real de la subcultura. Esta tarea intelectual solo pueden llevarla a cabo personas, como el propio Vázquez Montalbán, que hayan crecido en el marco de una cultura de barrio en los años cuarenta y cincuenta, y, además, hayan adquirido la formación necesaria en la universidad. Estos intelectuales son los únicos preparados para analizar su propia sentimentalidad aplicando el rigor científico (Vázquez Montalbán, 1972c).

Una responsabilidad asumida por él mismo, empleando el seudónimo de Luis Dávila, nombre que le sonaba a cronista deportivo, en sus artículos publicados en la revista *Triunfo* y recopilados en *Política y deporte* (1972). Un libro donde aplicará esta perspectiva crítica al estudio de un fenómeno muy vinculado a la vida política, social y económica del país. En el prólogo del libro explicita los motivos que justifican este enfoque desde la cultura de masas respecto al resto de planteamientos intelectuales. El texto es el mismo publicado un año antes en *Cuadernos para el Diálogo*, pero añade un párrafo fundamental para argumentar su dedicación a este fenómeno social.

Pese a la validez de algunos argumentos contrarios al deporte expuestos con anterioridad, los intelectuales no deben dar la espalda a un fenómeno que implica no solo a los organizadores sino también a los receptores, las masas. La reflexión sobre el deporte se convierte en una demostración de su compromiso con el pueblo y de su obligación de ayudarlo a «comprender», sin abandonar el espíritu crítico, el sentido de la relación deportiva en la que están implicados:

Sin embargo, la obligación del intelectual es comprender, lo que no quiere decir disculpar o absolver. El hecho deportivo es un hecho de masas, pero no solo para las masas, sino también de las masas. Como todo hecho cultural, el deportivo participa de dos sujetos: el creador o programador y el receptor, el que en definitiva le da sentido. Luis Dávila ha sido el primer especialista español en la cuestión que se ha acercado al hecho deportivo en busca no solo de las manazas manipuladoras, sino también de los estómagos receptores: en busca del público, en busca del pueblo. (Vázquez Montalbán, 1972d, p. 11)

(4) Susan Sontag popularizó este concepto en su obra *Contra la interpretación* (1964). Vázquez Montalbán se refiere al sentido de esta expresión en un artículo publicado en la revista *Triunfo*: «El camp es también, como dice la Sontag, un tierno sentimiento, un cierto franciscanismo visual con el que el intelectual puede contemplar los restos de todo tipo de batallas: temporales, históricas, personales, sentimentales» (Vázquez Montalbán, 1969, p. 35).

El deporte: un mito alienante

Vázquez Montalbán cuestiona por primera vez la filosofía deportiva en un artículo publicado en la revista *Triunfo*. Para explicar el contenido mítico del deporte utiliza dos ejemplos, uno de la cultura popular y otro de la alta cultura, tratando de aproximar estos dos universos tan alejados, aparentemente, pero que reflejan realidades similares. El primero, corresponde al programa televisivo «Corra, busque y llegue usted primero». El segundo, a un poema de Gabriela Mistral que narra la historia de unas niñas que juegan a ser reinas y cuando son mayores se dan cuenta que no lo son.

A partir de estos dos recuerdos, Montalbán expone su tesis sobre el origen del deporte moderno como una compensación de la burguesía para contrarrestar los efectos de la expansión del capitalismo. En su opinión, el desarrollo de la moral burguesa, basada en la competición política y económica, generó un capitalismo imperialista donde las reglas del *fair play* fueron desapareciendo progresivamente hasta llegar a la aniquilación del otro. En este contexto, la práctica deportiva permitía seguir manteniendo los valores burgueses en un terreno distinto al de las relaciones internacionales e industriales.

Desde esta perspectiva, el deporte aparece como uno de los mitos creados en el marco de las sociedades industriales. Un instrumento más al servicio de la lucha de clases para que la población pudiera seguir soñando en «ser rey» o «llegar el primero» dentro de una estructura social determinada por el capitalismo industrial donde los papeles estaban ya repartidos:

Eran aquellos dorados años en que los imperios capitalistas del siglo xx ya están definidos, ya estaban fallados los papeles de víctimas y verdugos, metrópolis y colonias, enriquecidos y arruinados. Pero en el campo del deporte aún era posible jugar a ser rey. Aún era posible correr, buscar y llegar primero. (Vázquez Montalbán, 1971b, p. 47)

Así, el deporte se convierte en un ardid en manos de la clase dominante para orientar la satisfacción de la necesidad épica de las masas hacia la competición deportiva y no hacia sus propios intereses espontáneos, quizás opuestos a los de la burguesía:

El deporte se convierte a nivel de luchas de clases universal y a nivel de lucha de clases nacional, en un mito falso, en realidad técnica de dominio de la necesidad épica del pueblo. Esta necesidad épica de todo ciudadano se orientaría hacia sus centros de interés espontáneos, relacionados con sus intereses de supervivencia. Gracias al deporte se canaliza hacia la competición ahistórica con dos grados diferentes de participación. (Vázquez Montalbán, 1971b, p. 47)

La participación pasiva en el deporte: un espectáculo

Las clases populares pueden participar en este sustituto épico que es la competición deportiva de una forma pasiva o activa. En el primer caso, el deporte aparece como un espectáculo donde el individuo traslada al deportista la responsabilidad de cubrir esa voluntad de éxito. Esta sustitución se produjo gracias a la aceptación de las masas del espectáculo deportivo como una forma de satisfacer su necesidad de participar en la victoria a través de los mitos y símbolos del deporte:

Los sociólogos, los psicólogos sociales, los políticos, los revolucionarios, los antropólogos, empezaron a considerar el deporte como algo más que una excrecencia del siglo. Si las masas se convertían en demandantes del espectáculo deportivo, de los héroes deportivos, de los mitos y símbolos del deporte ¿no respondía esta demanda a una necesidad? ¿Necesidad de qué? Básicamente la respuesta de un Coubertin o de cualquier idealista finisecular equivalente, habría sido: de participar en el hecho deportivo. Participar ¿cómo? No. No se trataba de una participación real en la práctica del deporte, sino de una participación en sus objetivos cada vez más claros: la victoria. De 1945 a 1970, veinticinco años de consensus masivo al deporte como espectáculo, como monomanía, como única dimensión cultural para millones de seres. (Vázquez Montalbán, 1972e, p. 68)

Una aventura imaginaria

Vázquez Montalbán considera la consecución del récord deportivo como una de las aventuras imaginarias que la industria cultural ha potenciado para suplir y compensar la falta de protagonismo en la vida personal. Así, el individuo se conforma con la contemplación de las peripecias ajenas:

A punto de quedarse sin posibilidades de aventura individual, la industria cultural abastece de pastillas aventureras que compensan la mediocridad de lo cotidiano y, sobre todo, el nulo protagonismo de la propia vida. (...) La 'aventura imaginaria' ha alimentado a la industria subcultural de todo el mundo, sea la aventura basada en la superación de la distancia (Bombard, los recordman deportivos, los aviadores, etcétera), sea la basada en el riesgo físico (la subcultura de acción), o sea la aventura moral (el erotismo y el conflicto interpersonal). (Vázquez Montalbán, 1971c, p. 27)

La dosis de aventura imaginaria que ofrece el espectáculo deportivo forma parte de una estrategia destinada a mantener el *statu quo*, evitando su cuestionamiento por parte de los sectores sociales más desfavorecidos. Estas representaciones permiten compensar todo un conjunto de frustraciones acumuladas en un escenario social creado con esta finalidad. Incluso las expresiones reales de la agresividad contenida sirven para evitar que esa violencia se vuelva en contra de la organización social establecida. Una participación en la aventura deportiva que se realiza a través del deportista, el único médium capaz de establecer la comunicación entre el público y la aventura que posibilita la victoria deportiva:

Los espiritistas suelen recurrir al médium como intermediario entre lo que es y lo que no es. El médium ha desempeñado un importante papel en todas las facetas de la actividad y la receptibilidad humana. Son médium el artista, el filósofo, el intelectual, el sacerdote, el actor, el militar y... el deportista. Pues bien, este último es médium con la aventura. Miles de espectadores aguardan impacientes el instante en el que el médium esté en trance y les ponga a ellos en trance, a punto, al borde mismo del orgásmico instante de la victoria. (Vázquez Montalbán, 1972e, p. 219)

A través del esfuerzo del deportista el espectador puede satisfacer su necesidad épica de triunfo en la vida. Su irrelevante aventura personal puede tener un final feliz si delega todas sus esperanzas de éxito en la actuación del deportista:

El espectador apuesta su vida, el final feliz de su torpe aventura existencial en ese hombre que corre por un campo de juego, sube las rampas del Galibier o se desliza por los nevados toboganes de Sapporo. El deportista suele ser su penúltima oportunidad. Por él apuestan sobre todo los niños y adolescentes y los hombres que entran en la madurez: los que todo lo esperan de la épica y los que ya solo disponen de la épica que pueda darles el médium. Corre por ellos, gana por ellos, modifica la realidad con los privilegiados colores del triunfo, del triunfo que la vida niega día a día. (Vázquez Montalbán, 1972e, p. 221)

La comunión «espiritual» derivada de la contemplación del deportista actúa como un opio que permite al espectador superar el tedio vital, ya sea mediante la victoria reparadora de todas las frustraciones o de la derrota canalizadora de toda la agresividad generada por las injusticias de la organización social:

La victoria se convierte así en una mercancía espiritual, como una dosis de cultura positiva, enervante, que ayuda a sobrevivir, que compensa del medio tono vital condicionado por una determinada relación entre el hombre y el mundo. (...) Ese médium a veces le consigue una droga maravillosa que le compensa de todas sus frustraciones y cuando fracasa le permite el desfogue del enfado y la repulsa y el goce de una reconciliación, de una nueva esperanza, de una nueva tensión, de una posible victoria. (Vázquez Montalbán, 1972b, pp. 49-50)

Uno de los ingredientes fundamentales de la cultura de masas son los mitos de consumo que a través de los medios de comunicación influyen en toda la población. Vázquez Montalbán no valora los ídolos deportivos como algo negativo en sí mismo. Lo pernicioso es la manipulación propagandística o política oculta en la exageración de los triunfos de una selección o de un deportista o, incluso, la desvirtuación del propio sentido del deporte:

Hablando en términos generales debe decirse que los mitos son inevitables en toda relación cultural, y el deporte, en definitiva, es una relación cultural. Lo que puede ser negativo es la función que cumple el mito. Si se utiliza a Urtain como mito de la raza, cosa que hemos podido ver o escuchar en algunos medios informativos españoles, es una utilización negativa. De la misma manera que puede ser negativo el «boom» Pérez de Tudela porque desmesura la función del alpinismo. (Vázquez Montalbán, 1972f, s/p)

A principios de los años sesenta, Vázquez Montalbán analiza la comunicación como forma de manipulación de las masas por parte del poder político dominante, ya sea comunista, capitalista, fascista o democrático. Allí ya había anunciado esta función compensatoria y sustitutiva del héroe deportivo. Los estados utilizaban la retransmisión de las gestas deportivas, a través de la radio o de la televisión, o la asistencia el domingo a los estadios para restituir la frustración acumulada durante la semana por el individuo. Así se lograba evitar el cuestionamiento de las condiciones sociales y materiales en las que vivía:

En la sustitución del héroe político por el héroe deportivo o cinematográfico o televisivo se sacia igualmente el complejo de frustración de las masas y se las aleja de preocupaciones peligrosas, como el ensimismamiento de un niño ante una bomba abandonada. La información conduce toda una semana al hombre hacia su día 'libre': el domingo. (Vázquez Montalbán, 1963, p. 251)

Dos años después, Vázquez Montalbán recuperará esta idea del domingo como día dedicado a satisfacer los anhelos de las masas y de las actividades deportivas como parte de este entretenimiento engañoso. En un artículo publicado en la revista *Siglo 20*, realiza un retrato extraordinario de cómo pasan las clases populares el famoso «octavo día» de la semana. Por la mañana, los niños y las mujeres asisten a los combates de lucha libre. A primera hora de la tarde, tienen la oportunidad de ir al partido de fútbol, una isla de libertad donde el público puede gritar y juzgar a los jugadores sin ningún reparo, convirtiéndose en el protagonista de lo que ocurre en el campo. Y, a media tarde, la posibilidad de entrar en algún frontón para apostar por uno de los contendientes. Finalmente, a las doce de la noche concluye el sueño:

Las veinticuatro horas. Una hora importante. Cenicienta debía volver a casa, recuperar su realidad. Es, pues, por antonomasia, la hora de la evidencia. El domingo se ha extinguido. Se ha agotado la

preciosa mentira de la libertad, del octavo día de la semana. ¿Quién tiene razón el domingo o el lunes? (Vázquez Montalbán, 1965, p. 40)

Un instrumento de control social

En el prólogo del libro *100 años de deporte: del esfuerzo individual al espectáculo de masas*, Vázquez Montalbán explica la génesis y el desarrollo del deporte desde las comunidades primitivas hasta las sociedades industriales a partir de su inclusión en la cultura del ocio. Vinculado en sus inicios al juego y a la danza, según los estudios antropológicos realizados hasta el momento, no solo aparece como expresión religiosa, sino también como parte del entretenimiento de los colectivos tribales. El deporte se diferencia de la cultura física en su finalidad, orientada hacia la distracción del público y no a la supervivencia de la especie. Los miembros de estos grupos asistían a las competiciones deportivas simplemente para disfrutar de la contemplación de un espectáculo:

Cada comunidad primitiva creó sus juegos y sus danzas ligados al ritual religioso, pero también tenían mucho que ver con la Historia del Espectáculo. Por muy primitivas que fueran las comunidades, asistir y participar en los juegos era una variante relajante en la rutina de la cotidianidad. El juego y la danza eran expresiones simbólicas que encarnaban los jugadores y los danzantes, pero la participación alcanzaba a los espectadores, encantados en la magia de los movimientos inútiles. (Vázquez Montalbán, 1972g, p. 3)

La actividad lúdica, precursora del deporte, muestra desde el principio una característica propia de todo hecho cultural: la participación conjunta del creador y del receptor, del que ejecuta el movimiento y del que contempla la ejecución. Se produce así una retroalimentación entre el placer del espectador y la dificultad del ejercicio. La implicación del público en el espectáculo deportivo comportará desde sus orígenes la intervención y la corrupción del mismo por parte del poder establecido.

Pero no solo los organizadores de las competiciones serán culpables de esta perversión de la relación deportiva. También los asistentes tendrán su parte de responsabilidad. La aceptación y la demanda de estas competiciones mostraban las virtudes del encantamiento deportivo. El pueblo estaba dispuesto a conformarse con delegar en el héroe deportivo su acceso a la victoria y a la excelencia para compensar su marginación social:

Pero el público iba a ser también desde sus orígenes el elemento en definitiva interventor y corruptor de lo deportivo, previa manipulación del poder. El pueblo, encantado ante la magia de los ejercicios bien hechos, como encantado ante el papel de médium que el sacerdote hacía con las divinidades, demostraba con su aceptación y demanda de espectáculos deportivos que aquella era una fórmula compensatoria de su marginación. Los héroes deportivos se convertían así mismo en 'médiums', como los sacerdotes, entre el pueblo y el Triunfo y la Perfección. (Vázquez Montalbán, 1972g, p. 4)

Esta función mediadora entre el pueblo y algunos valores espirituales —plenitud, omnipotencia y verdad— desarrollada por el héroe deportivo, similar a la de los dioses, sacerdotes y actores de las tragedias griegas, está en el origen de la naturaleza divina atribuida a los ganadores de los Juegos Olímpicos. Desde este punto de vista, se puede afirmar que las características del deporte moderno —desarrollo físico y espiritual, entretenimiento y manipulación ideológica— ya estaban presentes en las competiciones deportivas de las comunidades primitivas y del mundo clásico: «Así pues, el Deporte tenía ya en sus orígenes las mismas connotaciones

fundamentales que hoy podemos considerar: medio de formación física y espiritual, medio de esparcimiento para el público y medio de control de la conciencia del público» (Vázquez Montalbán, 1972g, p. 4).

Pese a que las condiciones materiales y las costumbres sociales generaron diferentes formas deportivas, esta estructura fundamental del juego deportivo, basada en una necesidad humana, se mantuvo a lo largo de los siglos. Así se explica, por un lado, la desaparición de una competición como los Juegos Olímpicos, propia de una organización política y social como la griega, y, por otro, la persistencia de algunos juegos tradicionales hasta nuestros días:

El juego deportivo, como práctica y espectáculo, sobrevivió a los apagones históricos porque no era un hecho cultural obsoleto: era una necesidad perenne y como tal sometida al tránsito, la modificación y la supervivencia. Lo que sí había desaparecido con el mundo clásico era el marco urbano apto para grandes concentraciones de masas, y con esa desaparición se iban también formas deportivas condicionadas por la civilización urbana: los Juegos Olímpicos, por ejemplo. Pero cada comunidad, por pequeña y aislada que fuera, conservaba sus juegos deportivos ancestrales que han sobrevivido hasta nuestros días; y, entre nosotros, tenemos la demostración tan próxima de los juegos vascos. (Vázquez Montalbán, 1972g, p. 4)

Las formas deportivas modernas nacen a partir de unas condiciones sociales determinadas, consolidadas a finales del siglo XIX, como son la concentración de un gran número de trabajadores alrededor de los núcleos urbanos y la instauración de una ideología competitiva basada en el éxito. Por eso, el deporte moderno aparece en Inglaterra, entorno geográfico donde se producirá la revolución industrial que originará esta nueva organización social.

Los higienistas, preocupados por las consecuencias para el cuerpo del trabajo mecanizado y de la falta de espacios en la ciudad para el esparcimiento físico, se encargaron de promocionar la práctica deportiva. Pero enseguida los dirigentes políticos apreciaron su utilidad para desviar el malestar social generado por las condiciones vitales y laborales derivadas del industrialismo. Las posibilidades de compensación simbólica, ofrecidas por una actividad que permitía el acceso democrático al triunfo como ejecutante o como espectador, fueron aprovechadas por los ideólogos gubernamentales para instrumentalizar la práctica deportiva según sus intereses.

El deporte abandona progresivamente su prioridad como práctica corporal para convertirse en un centro de atención popular. Este interés generalizado del público otorga una nueva dimensión al deporte, propia del siglo XX, como medio de comunicación de masas:

En este período crece la práctica deportiva, pero crece sobre todo la curiosidad deportiva. El deporte se transforma en un centro de interés, en un continente de información que interesa a millones de personas. Se va formando una nueva dimensión del hecho deportivo, realmente nueva, ultimísima aportación a lo que tradicionalmente había sido el hecho deportivo. Esta ultimísima aportación era la concepción del deporte como un medio de comunicación de masas. (Vázquez Montalbán, 1972g, p. 8)

El crecimiento progresivo y exponencial del interés de las masas por el deporte convertirá a este fenómeno social en el más importante del siglo XX: «En efecto, si el siglo XVIII fue el del maquinismo y la industrialización, y el siglo XIX el de las reivindicaciones sociales alimentadas por el nacimiento del marxismo, el siglo XX es el siglo del deporte» (Vázquez Montalbán, 1972g, p. 206).

Esta transformación del deporte responde a la priorización del valor del espectáculo deportivo por encima de la práctica deportiva como consecuencia de tres circunstancias. Primera, el crecimiento de la afición por los deportes-espectáculo y la disminución del interés por los deportes puros. Segunda, el éxito comercial de los deportes-espectáculo gracias a la aparición de un público cada vez más numeroso. Tercera, la construcción de grandes instalaciones deportivas para presenciar estos deportes, junto con el desarrollo de una política deportiva dirigida a potenciar los deportes que atraen más público en detrimento de los que cuentan con más practicantes.

Las consecuencias de esta nueva configuración serán nefastas para el protagonismo del ser humano en la historia. De ser un referente de su perfección pasará a convertirse en un indicador de su sometimiento al poder:

De los antepasados divinos de Olimpo a la manipulación de los mass media, el deporte perdía la intencionalidad fundamental de medio de perfección del hombre, medida de todas las cosas, para convertirse en un medio de control del hombre, medida de la potencia de los poderes establecidos. (Vázquez Montalbán, 1972g, p. 8)

Los gobiernos de los estados utilizaron las competiciones deportivas internacionales para fomentar los sentimientos patrióticos de la población y afirmar su superioridad respecto a las otras naciones. A su vez, procuraron compensar el descontentamiento social, derivado de la situación política y económica del propio país, con la satisfacción por la victoria del héroe deportivo. De alguna manera, los políticos modernos sustituían el circo romano, como distracción para controlar a las masas, por el deporte, un espectáculo adaptado a una sociedad más civilizada. Este nuevo entretenimiento moderno no requería la muerte del deportista para satisfacer al público sino, simplemente, el sometimiento a sus deseos.

La realidad del deporte distaba mucho de la filosofía vital de aquellos primeros practicantes de finales del siglo XIX. Mientras tanto, los gobiernos invertían cada vez más recursos en políticas destinadas a potenciar uno de los entretenimientos que ocultaban un mayor engaño:

Es como si aquella carrera iniciada en el Hyde Park o en el Bois de Boulogne por los *sportsman* desocupados hubiera adquirido ritmo de síncope, aires de enloquecida carrera a vida o muerte. Y, sin embargo, las políticas deportivas cunden, se expansionan, profundizan. Forman parte del divertimento de las cosas que no quieren decir lo que quieren decir. (Vázquez Montalbán, 1971b, p. 49)

La participación activa en el deporte: una práctica

Al iniciarse el siglo XX el deporte dejó de ser una actividad propia de una clase social, la burguesía, y se «democratizó», convirtiéndose en un elemento cultural accesible a todos los ciudadanos. Los primeros «demócratas» del deporte fueron algunos pedagogos, filósofos, higienistas y filántropos que defendían la realización del ejercicio físico como un medio de perfeccionamiento humano y no como un fin en sí mismo. Por eso recomendaban los deportes puros, el atletismo y la natación, donde el hombre se probaba a sí mismo, y el amateurismo.

Pero la participación activa en el deporte tampoco estaba orientada a satisfacer sus intereses de supervivencia. Se trataba de una práctica dirigida únicamente hacia

la victoria como mediación para el éxito social, sin atender al objetivo de conservación y mejora del cuerpo humano. Las consecuencias negativas de esta búsqueda de la victoria por encima de cualquier otra finalidad fueron el aumento de la agresividad y de la corrupción, a través del doping y el soborno, en el deporte.

El récord se convirtió en uno de los elementos de la competición deportiva que más colaboró en su mitificación. La superación de las marcas constituía aparentemente una prueba del ilimitado progreso humano, una forma privilegiada de conocimiento del hombre. Sin embargo, esta concepción del récord ocultaba una forma de manipulación de la conducta humana, ya que esta función terapéutica solo estaba al alcance de las clases adineradas sin necesidad de practicar esta actividad con el único objetivo de la victoria. En cambio, las clases más desfavorecidas no tenían otra alternativa que el triunfo deportivo para poder aspirar a abandonar su estatus social:

El deporte es, pues, a este nivel, una experiencia científica que contribuye al conocimiento del hombre. Pero no puede ser considerado desprovisto de historicidad. El deporte es, bajo esta comprensión, una técnica de manipulación de la conducta humana, como el trabajo alienado o el dominio represor directo. (...) El deporte es terapéutico solo para quien no necesita instrumentalizarlo de cara a LA VICTORIA. Las clases adineradas integran la práctica del deporte dentro del cuadro de sus costumbres higiénicas. (...) El récord, el deporte-crispación solo puede concebirse a este nivel como trampolín para la realización personal. (Vázquez Montalbán, 1971b, p. 49)

La promoción social a través del éxito deportivo constituía uno de los últimos obstáculos a superar para que el deporte fuese una auténtica expresión de la libertad humana y no un reflejo de sus limitaciones. Mientras los aficionados se conformaban con la dosis de victoria que cada semana le reportaba la victoria del héroe deportivo y la posibilidad de exteriorizar la agresividad derivada del tedio vital, los niños solo veían en el deporte una oportunidad para conseguir el reconocimiento social: «Los niños empezaban el culto deportivo desde mucho antes de su conciencia lógica: era la promoción social y acostumbrarse a los gestos que algún día podrían ayudar a salir del laberinto para llegar al reino de supermán» (Vázquez Montalbán, 1972e, p. 70).

La necesidad personal de superar unas deficientes condiciones materiales determinaba la elección de las modalidades deportivas. Las clases medias se dedicaban a los deportes puros y las populares a los comerciales, con los que se podía obtener una mayor rentabilidad económica. Incluso dentro de los sectores sociales con menos recursos, los más desfavorecidos tenían reservados los deportes más duros como el ciclismo o el boxeo (Vázquez Montalbán, 1972g).

El deporte: un contenedor de contravalores

En el artículo de la revista *CAU* dedicado al deporte de masas, Vázquez Montalbán reconoce que el deporte moderno se ha convertido en un contenedor donde depositar toda una serie de «valores desperdicio» de la cultura humana: «Ni al más optimista se le escapa que en la relación deportiva han ido a parar una serie de valores desperdicio de la cultura humana en relación con unas determinadas necesidades de satisfacción épica al alcance de las masas» (Vázquez Montalbán, 1972b, p. 50).

Estos valores negativos asociados al deporte —el profesionalismo, la comercialización, el control de las masas y la politización de la victoria— aparecen en los años

veinte y treinta. Entre las instrumentalizaciones políticas destaca la reivindicación mussoliniana de los principios ideológicos fascistas apoyándose en las victorias del boxeador Primo Carnera. O la conversión de los triunfos de los atletas alemanes en los Juegos Olímpicos de Berlín (1936) en una exaltación hitleriana de la raza aria. Así nació el deportista de estado, un representante de la nación destinado a aumentar su prestigio y demostrar su hegemonía frente a los otros países en la competición deportiva.

El encantamiento deportivo provocado en el espectador ha sido aprovechado por los gobiernos, tanto capitalistas como comunistas, para desviar la atención de las masas de las cuestiones políticas. Los medios de comunicación, auténticos configuradores de la cultura popular, han prestado una inestimable colaboración a este propósito:

Por parte del poder, el encantamiento deportivo ha sido programado y fomentado en un intento de despolitizar a las masas. Ese intento se ha visto auxiliado por todos los mass media condicionantes de la cultura informatizada hoy día hegemónica sobre las masas. De ese encantamiento deportivo, por ahora, no han prescindido ni siquiera aquellos países que han iniciado la marcha hacia el socialismo. El deporte en la URSS sirve como medio de *public relations* exterior y como medio aglutinante interior. (Vázquez Montalbán, 1972b, p. 50)

Esta manipulación política del deporte por parte de los estados tiene una manifestación interna, el control de las masas y la desviación de su atención hacia otros puntos de interés, y otra externa, la afirmación nacionalista y la propaganda étnica o ideológica a nivel internacional:

El deporte se convertía en un elemento de exaltación y afirmación nacional, en un vengador de afrentas históricas no bien resueltas en los campos de batalla. Esto en cuanto a política exterior. En cuanto a política interior, se intentaba convertir al deporte en un elemento de control, fiscalizador de las energías morales de las multitudes. Las reivindicaciones políticas o económicas podían derivarse a reivindicaciones deportivas. (Vázquez Montalbán, 1972g, p. 10)

Pero, a su vez, los

gobiernos y sistemas políticos, que deseaban afirmar su prestigio ante sus súbditos y frente a las demás naciones, vieron en el deporte un instrumento ideal para conquistar a la juventud y proyectar sus excelencias, aparentes o reales, con mayor perspectiva y amplitud. (Vázquez Montalbán, 1972g, p. 217)

Los triunfos de los deportistas son asumidos por los países como propios y se incorporan como parte de la estrategia publicitaria de los gobiernos para mostrar la bondad de su sistema político y económico:

Hoy el deporte al nivel que sea, es un instrumento más de la estrategia política. Las victorias deportivas son signos-símbolos con los que se adornan sistemas políticos y económicos. Un triunfador deportivo es un embajador nacional. Los políticos se anexionan los triunfos deportivos de sus súbditos con mayor fruición que la saboreada en el pasado para anexionarse territorios. Porque la anexión del triunfo, y sobre todo del triunfo incruento, es publicitariamente muy rentable. (Vázquez Montalbán, 1972b, p. 49)

La identificación de los éxitos deportivos con la grandeza de la nación está en el origen de la sustitución del patriotismo bélico por el deportivo en los años previos a la Segunda Guerra Mundial:

La relación «deporte-política» empezó por la conversión del deporte en un escaparate de los músculos de cada nación. Los deportistas iban a defender los «colores nacionales» y a «poner

muy alto la bandera del país». No es de extrañar que, en el período de entreguerras, el deporte polarizase más el sentimiento patriótico que las penúltimas luchas de afirmación nacional. (Vázquez Montalbán, 1972g, p. 9)

Pero esta operación política no hubiera tenido éxito sin el apoyo implícito del público que asistía masivamente a presenciar las competiciones deportivas, especialmente aquellas en las que participaba su país:

El proceso es paralelo al de captación de las masas; en el momento en que los políticos vieron que las masas seguían los hechos deportivos se dieron cuenta de que podían instrumentalizar ese interés. Una prueba de ello es que hoy día en los presupuestos de todos los Estados ocupa un importante capítulo la promoción del deporte con fines de política interior y de propaganda exterior. (Vázquez Montalbán, 1972f, s/p)

La importancia propagandística del deporte obligó a los dirigentes políticos a asumir un «perfil deportivo», ya fuese practicando alguna actividad física, asistiendo a alguna competición u organizando un evento en su país:

Poder-Deporte. Es una vinculación que se ha acentuado considerablemente en los últimos veinticinco años. Para cualquier jefe de Estado, inaugurar unos Juegos Olímpicos puede proporcionarle más votos que una gira propagandística. Según sus características y necesidades, el cuerpo de los estadistas deportivos ha tratado de acercarse a las masas a través del deporte desarmado. (Vázquez Montalbán, 1972e, p. 203)

Las competiciones deportivas entre los diferentes países con mayor repercusión mediática, los Juegos Olímpicos y los Mundiales de fútbol, se convirtieron en el escenario idóneo para esta instrumentalización del deporte por parte de los gobiernos. Dentro del orden político internacional, los años de la llamada Guerra Fría fueron el periodo más convulso y más significativo respecto a la utilización política del deporte. Este conflicto ideológico dividió el mundo en dos bloques, el capitalista y el socialista, desde el final de la Segunda Guerra Mundial hasta la caída del muro de Berlín. En esta lucha por la hegemonía política y económica mundial el deporte tuvo un papel muy importante como batalla referencial.

De igual modo que sucedió con los gobiernos, la creciente asistencia de público para contemplar las competiciones deportivas despertó el interés de las empresas y convirtió estos espectáculos en un negocio. Un hecho que comportó la pérdida de algunos de los valores más importantes del deporte como el amateurismo y la aparición del dopaje o de las apuestas. La progresiva transformación del deporte en un espectáculo de masas durante el primer tercio del siglo xx propició su comercialización:

El deporte ya nació en gran parte como espectáculo. En la base del juego está el que jueguen a la vez practicantes y espectadores. Otra cosa es que, dentro del espíritu mercantil del siglo, el deporte, en su faceta como espectáculo, se comercializara. (Vázquez Montalbán, 1972g, p. 82)

La posibilidad de obtener un rendimiento económico de la práctica deportiva tuvo tres consecuencias. Primera, la dedicación completa de los deportistas a su actividad, es decir, la aparición del profesionalismo. Segunda, la valoración por parte de los organizadores de los eventos deportivos, de los clubes de fútbol y de las ciudades donde se desarrollaban las principales competiciones internacionales como una forma de enriquecimiento o una inversión económica para el futuro. Tercera, la obtención de un beneficio por parte de las empresas, de materiales deportivos u otros productos que, a través de la publicidad proyectada en el equipamiento

de los deportistas o en los anuncios de las competiciones, podían promocionar su marca en todo el planeta gracias a las retransmisiones televisivas.

Los encuentros deportivos proporcionaban beneficios económicos a los promotores no solo a través de la venta de entradas para el evento, sino también con el negocio paralelo y corrupto de las apuestas en el que participaba incluso la mafia. Las carreras de caballos y los combates de boxeo se convirtieron en dos deportes propicios para los amaños (Vázquez Montalbán, 1972e).

El deporte: una necesidad pedagógica

Vázquez Montalbán no pretende con esta reflexión crítica anular el valor del esfuerzo del deportista para conseguir sus objetivos o la compensación estética que el espectador experimenta en la contemplación deportiva. Su intención es aclarar el trasfondo de intereses ocultos tras la relación deportiva y denunciar la desvirtuación de esta actividad que ha convertido al deportista en un esclavo de su práctica y al público en una marioneta incapaz de asumir el protagonismo de su vida:

Es indudable que la lucha del corredor para superar el récord o la destreza del deportista-showman (como el futbolista) para ser más diestro en su parcela de actividad deportiva, era una contribución al mejor conocimiento de la potencia humana y a la higiene social. Porque no era negativo ni el esfuerzo del deportista por superarse, ni la búsqueda en las masas de la satisfacción espectacular. Lo negativo es que uno y otro nivel se convirtieran poco a poco en enfermizos. Porque el deportista dejó de estar supeditado al fin para convertirse en esclavo del medio, y el público dejó de asistir a la «magia» del juego para presenciar un drama apasionado en el que se reflejaba, en el fondo y en la superficie, su propio drama de víctima o comparsa de la Historia. (Vázquez Montalbán, 1972g, p. 11)

Más allá de estas deformaciones individuales —promoción social— y políticas —propaganda nacional y alienación de las masas—, Montalbán considera el deporte como un instrumento necesario para que el ser humano pueda superar dos peligros. Por un lado, la amenaza física provocada por las condiciones de la sociedad industrial. Por otro, el riesgo social derivado de las tensiones que genera su estructura organizativa:

Cada día es más evidente que el deporte es algo consustancial con la supervivencia de la especie humana. El hombre industrial o hace deporte o sufrirá una mutación que puede acabar con sus propias características biológicas. Por otra parte, tampoco es de desdeñar el papel de higiene depurativa que, para el espectador, pueden tener los espectáculos deportivos. (Vázquez Montalbán, 1972g, p. 14)

En el fomento de cualquiera de estos dos aspectos positivos el deporte presenta un futuro garantizado y legítimo. Aun así, constata las dificultades y el largo camino por recorrer para conseguir un deporte verdaderamente popular. Esta lucha se inscribe dentro de un largo proceso histórico orientado a intentar adecuar la organización social a los anhelos y necesidades del hombre:

Precisamente por ello es tan doloroso captar las brutales diferencias que hay entre lo que debería ser y lo que es, entre un deporte programado para la mejora de la especie y un deporte programado para el control político de las masas. '¡Qué tiempos estos en los que hay que luchar por lo que es evidente!', ha escrito Dürrenmatt. Pero ésta ha sido siempre la característica de la historia: luchar para que las leyes, las moralidades y las instituciones concordaran con lo que ya era justo y estaba legitimado por la realidad. (Vázquez Montalbán, 1972g, pp. 14-15)

La principal preocupación de Montalbán consistía en recuperar el protagonismo deportivo perdido por parte de las masas como consecuencia del trabajo, la vida urbana, los medios de comunicación y el encantamiento mitológico creado alrededor de la participación delegada en la competición deportiva. La posibilidad de alcanzar una práctica deportiva generalizada que ayudase a la conservación física del ser humano quizás era lo más positivo del idealismo coubertiniano:

Tal vez haya quedado una ilusión fugaz, no del todo olvidada. Pero, sobre todo, ha quedado una necesidad aplazada que algún día precisará una urgente satisfacción. Los higienistas vuelven a la carga. O el hombre hace deporte o acabará físicamente arruinado por la insalubridad de la organización vital que le condiciona. El deporte como reivindicación de masas. He aquí la única posible derivación de aquella iniciativa iluminada del bien intencionado barón. (Vázquez Montalbán, 1972h, p. 36)

La delegación de la responsabilidad individual en la relación con algunos valores como la victoria o la verdad no solo se producía en el deporte, sino también en la vida política de culturas tan críticas como la occidental. Así pues, solamente un cambio en las condiciones sociales que han propiciado esta desvirtuación del sentido del deporte y una maduración del ser humano dispuesto a asumir su protagonismo histórico podría transformar esta actividad en un medio destinado al perfeccionamiento humano. Una finalidad deseable para cualquier manifestación cultural:

Pero tal vez para que el deporte asuma su verdadera función de elemento de formación física y espiritual de cada ciudadano todavía haya condiciones objetivas y subjetivas inmaduras y universales. En cualquier caso, esta nueva relación deportiva no puede derivarse de la evolución propia del Deporte, sino de una profunda conmoción total, radical y universal que deje paso al verdadero papel histórico del hombre responsable único de sus propias relaciones con el éxito y el fracaso. (Vázquez Montalbán, 1972b, p. 50)

Solo cuando se haya superado este engaño, el individuo y el deporte retomarán el lugar que les corresponde en el progreso de la humanidad:

Casi todos los médiums sobran. Destruida esta raza especial de intermediarios con la realidad tal vez será posible recuperar el derecho a la aventura para cualquier hijo de vecino. Y el deporte sea un medio de perfección física colectiva. No un mero espectáculo morboso y sustitutivo de la propia acción, de la propia aventura. (Vázquez Montalbán, 1972e, p. 221)

Vázquez Montalbán se niega a aceptar que todas las aspiraciones del ser humano queden reducidas a la simple satisfacción ante una victoria ajena y augura que el hombre será capaz de superar la mistificación deportiva y asumir su papel en la historia:

¿Termina la aventura emancipadora de la humanidad en el consumo de épica deportiva? ¿Ha recorrido el hombre miles de años de forcejeo entre naturaleza y razón para terminar encerrado en un coso deportivo, drogadicto de victoria ajena? O tal vez, simplemente, en la mixtificación de la relación deportiva esté una de las últimas barreras que impiden al hombre asumir su papel indiscutible de protagonista histórico. (Vázquez Montalbán, 1972e, p. 221)

La comprensión y la toma de conciencia del carácter alienante del deporte permiten albergar la esperanza en la recuperación de su dimensión más humana:

En la evidencia de este juego repetido, la lucha por un deporte realmente al servicio del hombre pasa por una toma de conciencia de su historia y mixtificación. En las páginas que siguen no solo se verán mitos y odas triunfales, sino también un intento de comprensión global de algo determinante del mundo que compartimos: el Deporte, el mayor Espectáculo del Mundo, su más claro síntoma... Una irrevocable esperanza. (Vázquez Montalbán, 1972g, p. 15)

Asimismo, pese a ser entendible y legítima, la utilización del deporte como medio de superación de una situación social precaria ha de ser valorada negativamente dentro de una concepción humanista:

Este planteamiento es humanísimo y tal vez nunca pueda o deba desterrarse de la acción humana: sobresalir es una forma de vivir más. Pero ha contribuido a aniquilar el verdadero sentido de lo deportivo, el verdadero carácter positivo de lo deportivo. Ese carácter positivo no es la 'idealidad beatífica del deporte purísimo', sino la realidad del deporte al servicio de la salud y la mejora física del hombre. (Vázquez Montalbán, 1972g, p. 12)

Para ello es necesario que cambien las condiciones materiales que han hecho del récord deportivo un instrumento de emancipación social para las clases populares y un referente del poder económico y político de los estados. Mientras tanto, el deporte no responderá al objetivo de superación y progreso humano:

Incluso la práctica deportiva aparece, pues, envilecida por su factualización en el seno de una organización social envilecedora. La lucha por el récord sirve para que, a través de una fugaz vida como mito deportivo, el practicante consiga estar mejor situado en la lucha por la vida. El récord, dentro de un posible deporte comprado, es un índice de importancia nacional. (Vázquez Montalbán, 1971b, pp. 48-49)

De todas formas, Vázquez Montalbán alberga dudas respecto al cumplimiento de las finalidades humanas del deporte. Lamenta que una actividad pensada para el desarrollo físico y espiritual del individuo haya sufrido tantas deformaciones. Este alejamiento, cada vez más evidente, de las motivaciones filantrópicas se traduce en las políticas deportivas de los estados. Unas medidas orientadas a invertir el dinero en la promoción de las figuras deportivas en vez de construir instalaciones para la práctica deportiva de la población general. La auténtica democratización del deporte como herramienta de perfeccionamiento humano solo era posible con la aplicación de políticas orientadas a la reserva de espacios libres para la práctica deportiva y a la introducción de la Educación Física en las escuelas.

A las puertas de los Juegos Olímpicos de Montreal (1976), pasados treinta años de su conversión en un medio de comunicación de masas, no se apreciaba una evolución en los vicios y en las virtudes del deporte. El nuevo milenio parecía ser la próxima frontera para la superación de las condiciones sociales que impedían la existencia de un deporte acorde con los principios ideológicos del barón de Coubertin:

El futuro siempre comienza, pero a veces determinados factores de anquilosamiento e intereses comprometidos se esfuerzan por aplazarlo. El deporte al alcance del hombre, instrumentalizado por la libertad, la belleza, la fuerza, la alegría en la relación hombre-naturaleza, pacificador del instinto... el viejo sueño de Coubertin ¿aplazado hasta el año dos mil? (Vázquez Montalbán, 1972e, p. 228)

Vázquez Montalbán se muestra convencido que en el año 2000 el deporte formará parte de las necesidades humanas como una actividad indispensable para que el ser humano pueda desarrollar su proyecto vital: «El hombre del año 2000 será un ser que considerará al deporte como a una amable necesidad deportiva, un complemento indispensable a su labor diaria. El deporte será, ya, una necesidad pedagógica» (Vázquez Montalbán, 1972g, p. 240).

El deporte: un instrumento de transformación social

En la década de los setenta, Vázquez Montalbán asume el compromiso personal de reflexionar sobre el deporte, un fenómeno convertido en la principal fuente de entretenimiento de las clases populares. Su interés por el deporte no proviene de su deficiente educación deportiva, sino más bien de una sensibilidad predispuesta a acoger los contenidos de la cultura de masas. Como universitario, conoce la metodología del análisis marxista y la usa para abordar críticamente las manifestaciones de la cultura popular. Esta combinación de mentalidad de barrio y de formación académica conformará una visión personal y novedosa del deporte. Una mirada más incisiva que la de los puristas pero, a su vez, más comprensiva que la del marxismo ortodoxo.

Casi treinta años después de atreverse a afirmar que el deporte formaría parte de la vida del hombre, Vázquez Montalbán admite que las condiciones materiales y sociales han permitido su crecimiento y su extensión al conjunto de la población. En el siglo XXI el deporte se ha democratizado. No obstante, objeta que solo una minoría lo practica como una forma de superación personal, mientras el resto lo realiza con una finalidad narcisista. Pese a la constatación de estas dos intencionalidades tan diferenciadas, considera que esta práctica deportiva «popular» recoge la dimensión ética más positiva del hecho deportivo.

El deporte espectáculo, en cambio, ha dejado de depender de los intereses políticos para ponerse al servicio de los intereses económicos y del espectáculo. La industria farmacéutica potencia el consumo de sustancias que favorecen el aumento del rendimiento más allá de los límites humanos. Las condiciones del mercado determinan la comercialización de los productos deportivos. De este modo, en el futuro, tanto la ética, como la estética y la salud de los deportistas profesionales quedarán en un segundo plano ante la cuenta de resultados de las multinacionales. Los gustos deportivos dependerán de la oferta televisiva y de las empresas encargadas de vender los materiales relacionados con ese deporte. El crecimiento del negocio publicitario provocará la aparición de nuevos deportes individuales o colectivos que entrarán en competencia con los deportes clásicos. La nueva cultura globalizada impondrá la aceptación de deportes, como el críquet o los deportes de aventura, pertenecientes a sociedades tan diferenciadas como la europea o la india.

En este contexto social, Montalbán propone una nueva concepción ideológica del deporte: su conversión en una religión laica de consumo capaz de competir por la hegemonía en el mercado religioso de las sociedades posmodernas (Vázquez Montalbán, 1999).

Sus advertencias sobre la instrumentalización del deporte para transmitir contenidos ideológicos acordes con los intereses políticos y económicos, así como para desviar la atención de las masas de los problemas sociales, siguen todavía vigentes. El descubrimiento de este engaño protege a las clases populares de la manipulación política oculta en un contenido cultural que configura su sentimentalidad, una tarea que no puede eludir un intelectual progresista.

La crítica marxista permite desenmascarar los mecanismos alienantes implícitos en el universo deportivo, tanto en lo que concierne a su práctica como a su contemplación. El practicante corre el riesgo de convertir su actividad en un trampolín social

o en una fuente de ingresos que justifique la utilización de cualquier medio para alcanzar su propósito. Consciente o no, el espectador puede formar parte de una estrategia del poder político o económico orientada a distraerle de sus problemas cotidianos, evitar el cuestionamiento de las decisiones gubernamentales o consumir los productos deportivos.

Denuncia la desvirtuación de los valores humanos del deporte en aras de la consecución de récords y de su supeditación a la lógica de los conflictos internacionales y de los mercados. Si las políticas gubernamentales fomentan el deporte competitivo, una herramienta al servicio de la propaganda estatal, Vázquez Montalbán, hace casi cincuenta años, reclama espacios para la práctica deportiva popular, es decir, invertir en su democratización. Una responsabilidad de la que están exentas las personas que padecieron las connotaciones totalitarias del deporte y no tuvieron la oportunidad de practicarlo y que queda en manos de las generaciones nacidas a partir de los años setenta:

Pero si nunca supimos a ciencia cierta qué era el deporte y además perdimos el tiempo leyendo más que ejerciéndolo, en complicidad con el machadiano desdén hacia la gimnasia y en la sospecha de que el deporte era algo fascista, mal podíamos ser correa de transmisión de mejores futuros deportivos. Si alguna vez prospera el deporte en España será pasando por encima de nuestros cadáveres. Serán los veinteañeros de hoy, padres del mañana, los llamados a crear la primera conciencia deportiva generalizada, tal vez empujados por el clima venidero en torno a 1992. (Vázquez Montalbán, 1990, s/p)

En definitiva, debemos promover un espíritu deportivo que persiga los aspectos más saludables y terapéuticos del ejercicio físico, oriente su desarrollo hacia la mejora de las capacidades humanas, permita sobrellevar las difíciles condiciones vitales de muchos ciudadanos y canalice sus instintos más primarios. Para ello es necesario liberarlo de la carga épica que lo convierte en un sustituto del éxito personal y colectivo, propiciando las condiciones sociales que lo hagan posible. Solo así podrán reciclarse los valores desperdiciados que han ido a parar al mundo del deporte y transformar esta actividad en un medio de perfeccionamiento humano.

Hoy en día algunas manifestaciones deportivas aún siguen siendo vistas con sospecha en determinados círculos académicos. La aproximación subcultural, crítica y humanista realizada por Manuel Vázquez Montalbán puede contribuir decisivamente a su revalorización entre el progresismo intelectual. Su particular propuesta pedagógica no ha perdido vigencia puesto que su finalidad estriba en ayudar al ciudadano a protegerse del componente alienante oculto en la práctica deportiva. Un paso previo indispensable para descubrir su sentido más humano. Esta finalidad formativa responde, pues, a una concepción de la función del pensador en la que prevalece el servicio al individuo y no al poder establecido, bien sea económico o político.

La irrenunciable vocación humanista del deporte exige su recuperación para las masas, pero también superar la aureola mítica que lo envuelve y reforzar su dimensión pedagógica, a fin de evitar los riesgos físicos y sociales derivados del aislamiento y del sedentarismo modernos. En el discurso montalbaniano, el objetivo de conseguir un deporte popular y humano forma parte de un proceso educativo mucho más amplio: la lucha histórica por la adecuación de las estructuras sociales a las necesidades del hombre.

Referencias

- Martí Gómez, J. y Ramoneda, J. (1971) «Vázquez Montalbán: Ópera para Dalí». *El Correo Catalán*, p. 21.
- Salgado, F. (2009). *La construcció de la identitat periodística de Manuel Vázquez Montalbán. De la censura a la transició (1960-1978)* (Tesis doctoral inédita). Barcelona, Universitat Pompeu Fabra.
- Vázquez Montalbán, M. (1963) *Informe sobre la informació*. Barcelona, Fontanella.
- Vázquez Montalbán, M. (1965) «Domingo nunca es domingo». *Siglo 20*, núm. 28, pp. 37-40.
- Vázquez Montalbán, M. (1969) «De la kulturkampf a la culturcamp». *Triunfo*, núm. 394, pp. 32-35.
- Vázquez Montalbán, M. (1971a) «Los intelectuales ante el deporte». *Cuadernos para el diálogo*, núm. 25, p. 72.
- Vázquez Montalbán, M. (1971b) «Corra, busque y llegue Vd. Primero». *Triunfo*, núm. 456, pp. 46-49.
- Vázquez Montalbán, M. (1971c) «El final de la aventura». *Triunfo*, núm. 456, pp. 26-28.
- Vázquez Montalbán, M. (1972a) «Cultura o subcultura». *CAU*, 11, p. 44.
- Vázquez Montalbán, M. (1972b) «El deporte o la cultura de desperdicios». *CAU*, pp. 48-50.
- Vázquez Montalbán, M. (1972c) «Arqueología i subcultura», en Artells, J. J. *Barça, Barça, Barça: F. C. Barcelona, esport i ciutadania*. Barcelona, Laia, pp. 7-9.
- Vázquez Montalbán, M. (1972d) *Política y deporte*. Andorra La Vella, Andorra.
- Vázquez Montalbán, M. (1972e) *100 años de deporte: del esfuerzo individual al espectáculo de masas (vol. II)*. Barcelona, Difusora Internacional.
- Vázquez Montalbán, M. (1972f) «'Política y deporte'. Un análisis deportivo con perspectiva crítica». *Barça*, núm. 856, s/p.
- Vázquez Montalbán, M. (1972g) *100 años de deporte: del esfuerzo individual al espectáculo de masas (vol. I)*. Barcelona, Difusora Internacional.
- Vázquez Montalbán, M. (1972h) «El olimpismo, una religión enferma». *Triunfo*, núm. 488, p. 31-36.
- Vázquez Montalbán, M. (1978) «La gimnasia». *Mundo Diario*, 3 de junio, p. 3.
- Vázquez Montalbán, M. (1990) «Crónica sentimental de la musculatura». *Olimpiada Cultural*, 16 de noviembre, s/p.
- Vázquez Montalbán, M. (1999) «L'esport». *Avui*, 18 de diciembre, p. 19.

Manuel Vázquez Montalbán i l'esport: una necessitat pedagògica

Resum: Manuel Vázquez Montalbán va dedicar una part de la seva obra literària i periodística a la reflexió sobre el sentit de l'esport en la societat occidental moderna. La seva preocupació per aquest fenomen de masses no prové de la seva educació esportiva, sinó del seu interès per la cultura popular. De la lectura i l'anàlisi dels articles publicats es desprèn una teoria educativa de l'esport. A partir de l'anàlisi subcultural, la crítica marxista i la perspectiva humanista reivindica la consideració de l'esport com una necessitat pedagògica inajornable. Per això cal una formació esportiva que contribueixi a desemmascarar els elements alienants ocults tant en la seva contemplació com en la seva pràctica i permeti recuperar el seu sentit més ètic orientat al perfeccionament humà. Només així l'esport podrà complir amb la seva finalitat més humana: ser un instrument d'emancipació personal i transformació social.

Paraules clau: Pedagogia esportiva, humanisme i esport, alienació esportiva, esport popular, transformació social.

Manuel Vázquez Montalbán et le sport : une nécessité pédagogique

Résumé: Manuel Vázquez Montalbán a consacré une partie de son œuvre littéraire et journalistique à la réflexion sur la raison d'être du sport dans la société occidentale moderne. Sa préoccupation pour ce phénomène de masses ne vient pas de son éducation sportive, mais de son intérêt pour la culture populaire. La lecture et l'analyse des articles publiés permettent de dégager une théorie éducative du sport. À partir de l'analyse de la sous-culture, la critique marxiste et la perspective humaniste revendiquent la considération du sport comme une nécessité pédagogique inéluctable. À cette fin, une formation sportive est nécessaire pour pouvoir démasquer les éléments aliénants occultes, aussi bien dans la contemplation que dans la pratique du sport, et récupérer ainsi son sens le plus éthique orienté vers le perfectionnement humain. C'est seulement ainsi que le sport pourra remplir sa mission la plus humaine, à savoir celle d'être un instrument d'émancipation personnelle et de transformation sociale.

Mots clés: Pédagogie sportive, humanisme et sport, aliénation sportive, sport populaire, transformation sociale.

Manuel Vázquez Montalbán and sport: a pedagogical necessity

Abstract: Manuel Vázquez Montalbán devoted part of his literary and journalistic output to reflecting on the meaning of sport in modern Western society. His concern for this mass phenomenon does not come from his sports education, but from his interest in popular culture. A subcultural analysis of his published articles reveals that the writer had an educational theory of sport in which a Marxist and humanist perspective vindicated the consideration of sport as a pedagogical necessity. This necessity, which cannot be postponed, requires sports education to help unmask the alienating elements hidden in both the contemplation of sport and its practice, in order to recover a more ethical sense of what sport means and orient its practice towards human improvement. Only then can sport serve its most humanly meaningful purpose: to be an instrument of personal emancipation and social transformation.

Keywords: Sports pedagogy, humanism and sports, alienation in sport, popular sports, social transformation.